

Las cinco guerras de Israel

IDEAS



XXXI

Por Rafael Bardají

Índice

I. La defensa de Israel frente al «Anillo de Fuego»	8
<i>La incapacitación de Hezbolá,</i>	
<i>el ejército terrorista de Irán en el Líbano</i>	11
<i>Anular la presencia iraní en Siria</i>	13
<i>Eliminar la amenaza existencial de Irán</i>	15
II. El peligro del fuego amigo	24
III. Políticos y militares: la guerra de desgaste	29
IV. La guerra total: todos contra Netanyahu	34
V. Percepciones y realidad: la guerra por el relato	38
Conclusión	44

Desde el 7 de octubre de 2023, el día en que Hamás lanzó su más exitoso ataque contra Israel, el gobierno de Jerusalén ha tenido que librar simultáneamente cinco guerras: una contra sus enemigos directos, de Hamás a Irán, pasando por Hezbolá, Siria, Irak y los hutíes de Yemen; la segunda, contra sus supuestos aliados, desde los Estados Unidos de Biden a los gobiernos europeos, quienes han intentado atar las manos y la libertad de acción de Israel; la tercera, de naturaleza estratégica, entre el liderazgo político y los mandos de las fuerzas militares, las IDF, reticentes cuando menos a alcanzar los objetivos militares establecidos por el gobierno; la cuarta, de carácter doméstico, esencialmente entre el primer ministro y una oposición que se ve impotente y carente de influencia alguna y que no ha dudado en utilizar a las familias de los secuestrados por Hamás y la Yihad Islámica para intentar alcanzar sus objetivos políticos, a saber, echar del poder a Benjamín Netanyahu; y, finalmente, la quinta, contra una campaña de deslegitimación global, producto en gran medida del éxito de la propaganda de Hamás y el nulo interés del mundo por conocer la verdad del conflicto. Sin tener en cuenta todas estas guerras de interés solapadas en el tiempo, es imposible entender el verdadero reto al que se ha venido enfrentando Israel, las posiciones de su gobierno y el desafío que aún tienen por delante. Haya plan de paz para Gaza o no.

I. La defensa de Israel frente al «Anillo de Fuego»

En estos días de antisemitismo rampante se vuelve necesario recordar que el 6 de octubre de 2023 -y el 5 y el 4 y el 3- Israel vivía en paz, su gente se creía a salvo y sus soldados estaban recogiendo sus enseres personales para irse de permiso a celebrar la festividad judía de la *Simjat Torá* que, además caía ese año en sábado, el día de descanso semanal. En Gaza se habían desarrollado en los últimos 10 años algunas operaciones militares para «restablecer la disuasión», pero con el dinero fluyendo desde Qatar, se pensaba que Hamás se había convertido en una fuerza responsable, más interesada en el bienestar de los gazatíes que en su objetivo fundacional de acabar con Israel. Miles de jóvenes celebraban su gusto por la vida en un festival de música a unos pocos metros de la Franja de Gaza porque nadie imaginaba que pudiera convertirse en la masacre que finalmente fue.

Y esa tranquilidad, por frágil que resultase, fue rota no por Israel, sino por el elaborado plan de Hamás de invadir Israel, matar al máximo número de judíos, sin importarle edad, sexo o condición, emplear una brutalidad sin parangón reciente, buena muestra de su odio, saquear y robar y, muy especialmente, secuestrar al número máximo de israelíes posible, vivos y muertos. Plan que llevó a cabo en las primeras horas del sábado 7 de octubre de 2023. Primero con el lanzamiento de más de 5000 misiles contra Israel y, después, con la penetración en suelo israelí de miles de milicianos de Hamás y la Yihad Islámica, seguidos de miles de civiles que, juntos, causaron la mayor masacre de judíos en un día desde el Holocausto, sometieron a sus víctimas a horribles sufrimientos y enviaron a Gaza a 251 israelíes en un acto de crueldad, desafío y provocación.

Lo que ocurrió después de ese ataque es relativamente bien conocido y no es necesario recordarlo aquí. Sólo decir que antes de que Israel pudiera organizar una acción de represalia contra Hamás y de rescate de sus ciudadanos, Hezbolá empezó a lanzar misiles contra Israel desde el sur del Líbano, amenazando con abrir un nuevo frente, «en solidaridad con sus hermanos de Gaza». Más sorprendente, miles de musulmanes en las principales ciudades del mundo occidental, arropados por buena parte de la izquierda, marchaban desafiantes con llamamientos al exterminio de los judíos y a la destrucción de Israel bajo el eslogan de «Palestina libre desde el río (el Jordán) hasta el Mar (Mediterráneo)».

Mientras todo esto sucedía, el gobierno israelí hizo públicos sus tres objetivos estratégicos para Gaza: la liberación de todos los rehenes en manos de Hamás; acabar de una vez por todas con la amenaza militar desde Gaza; poner fin a la autoridad y al gobierno de Hamás en la Franja como condición para un posible futuro en paz. Cómo alcanzarlos era la tarea de los planificadores de las IDF, las fuerzas de defensa de Israel, pero ya se intuía que, en esta ocasión, el recurso al arma aérea no sería suficiente y que se tendría que recurrir a una invasión terrestre. Ofensiva que arrancarían el 28 de octubre.

Pude visitar Israel unas semanas después del ataque del 7 de octubre, y me encontré, además de un país destrozado y en shock, que no se podía explicar cómo había podido suceder no sólo el ataque sino el horror en el que se convirtió, una compleja situación militar, con mandos que intentaban a la vez depurar las responsabilidades por el fracaso de no haber visto lo que Hamás estaba preparando y llevar adelante las operaciones militares para frustrar su defensa de Gaza.

En una siguiente visita, a comienzos de diciembre, también pude sentir la frustración ante el hecho que Hamás no se hubiera «rendido» todavía, tras los intensos bombardeos y varias semanas de campaña terrestre. Era como si, para algunos responsables de la seguridad de Israel, el 23 O no hubiese supuesto un punto de inflexión en la estrategia de Hamás y las cosas se fueran a desarrollar como en ocasiones anteriores: un intercambio de bombardeos, una incursión terrestre limitada y un alto el fuego final.

Pero la realidad era bien distinta: la nueva agresión por parte de Hamás marcaba una nueva situación estratégica que amenazaba en convertirse en una amenaza existencial para Israel. No por la capacidad bélica de Hamás, sino porque Gaza era una pieza más de un tablero más grande en el que comenzaba a jugarse una peligrosa partida.

Hace años, el que fue director del servicio exterior de inteligencia israelí, Meir Dagan, tras expresarle mi preocupación por la evolución interna en Irán y los riesgos en un futuro no muy lejano, me dijo solemnemente, «no se preocupe. Israel ha identificado desde 1979 a Irán como una amenaza existencial y actuamos en consecuencia». Por conocimiento o esperanza, no se equivocaba.

La verdad es que Irán, desde la revolución chií de Jomeini, se ha dado como misión en la Tierra luchar contra América, «el Gran Satán» y borrar

literalmente del mapa a Israel, «el pequeño Satán» en la zona. Y no ha escatimado esfuerzos para lograrlo. Su estrategia era doble: por un lado, dotarse internamente de los sistemas de armas ofensivos y defensivos que lograran vitrificar a Israel y estar protegidos de cualquier represalia (de ahí su constante interés por dotarse de un arsenal nuclear y de misiles balísticos de largo alcance); y, por otro, organizar y movilizar a sus peones alrededor de Israel para colocar al Estado judío en medio de «un anillo de fuego». A tal fin, expulsó en 1982 a los americanos del Líbano, creando una extensión de sus propias fuerzas revolucionarias en ese país, Hezbolá; de manera oportunista, tras la guerra de Irak en el 2003, alimentaría diversas milicias en ese país, para influir en su evolución, a la vez que como plataforma de ataque sobre los vecinos e Israel; desde el golpe de Hamás en Gaza, además de sostener directamente a la Yihad Islámica en la Franja, ha entrenado, dotado y financiado a Hamás y su mano está detrás de la planificación del 23 de octubre; y, tras el inicio de la guerra civil en Siria, en 2011, Irán se convirtió en una fuerza de choque del régimen de Bashar al-Ásad a través de diversos grupos encuadrados por elementos de la Guardia Revolucionaria iraní y pudo usar su presencia y control territorial para generar un corredor con el que armar a Hezbolá en el Líbano.

Dicho más geográficamente, Irán estaba sentando las bases de un círculo envolvente de Israel. Muchos en la comunidad estratégica occidental lo veían como una estrategia de autoprotección por parte de Teherán. Algo así como «Israel no se atreverá a atacarnos si siente la posibilidad de verse bajo el fuego de Hezbolá y demás fuerzas alrededor suyo». Pero también hubo quien consideró que, pasado un cierto punto, esas fuerzas estarían ya en posición para atacar a Israel e intentar destruirlo.

Ese fue el mensaje que se me transmitió por parte de algún analista del servicio de inteligencia militar israelí, el Amman, en unas reuniones que mantuve con ellos en febrero del 2023. Según su opinión, minoritaria entonces, creo, era cuestión de meses que Irán cerrase completamente «el círculo de fuego» y sometiese a Israel a una amenaza directa y simultánea nunca antes vista. Desgraciadamente, otros altos mandos militares, incluido el entonces jefe del Comando Sur (responsable del perímetro de seguridad de Gaza), nos aseguraban a mí y al resto de generales y almirantes de la delegación del Grupo Militar de Alto Nivel durante una visita a Israel también a comienzos del 23, que la disuasión estaba garantizada y que no había escenario bélico a la vista. Tal y como ya nos habían dicho en otra visita anterior, en otoño de 2021, bajo el gobierno de Lapid-Bennet.



KIRYAT SHMONA, 27 de marzo de 2024. Las fuerzas de seguridad israelíes evalúan los daños causados por un cohete lanzado por Hezbolá desde el Líbano contra la ciudad de Kiryat Shmona, en el norte de Israel, el 27 de marzo de 2024. Fuente: EuropaPress

La incapacitación de Hezbolá, el ejército terrorista de Irán en el Líbano

Recordaba estos briefings desde el lobby de mi hotel en Tel Aviv en diciembre de ese mismo año, con las alarmas por los cohetes que Hamás seguía lanzando contra Jerusalén y todo el centro de Israel. Más aún, en lugar del habitual turismo que llenaba siempre las habitaciones de mi hotel, el Carlton de Tel Aviv, al borde del mar, en esta ocasión se encontraba a rebosar porque era uno de los hoteles donde el gobierno había instalado a las miles de familias desplazadas desde el norte a causa de los ataques con cohetes y misiles de Hezbolá. Lo que empezó siendo un goteo de misiles limitados en número y en alcance, se estaba convirtiendo en una amenaza directa para una cada vez más extensa zona del norte de Israel. Para minimizar las posibles bajas civiles, el gobierno de Jerusalén había decidido la evacuación de casi 100 000 personas. Un nutrido grupo de ellos, en mi hotel, habiendo abandonado no sólo sus casas, sino sus actividades laborales, primordialmente agrarias, y con sus niños ausentes de las escuelas.

Aunque inicialmente la respuesta por parte de Hezbolá fue reducida -lo que llevó a pensar a muchos que el apetito de su líder, Nasrallah, por entrar en guerra con Israel era nulo-, fue progresivamente aumentando tanto el alcance como el número de sus cohetes y misiles lanzados a diario contra

suelo israelí, llegando en marzo de 2024 a disparar cerca de 300 en un solo día. Las bajas civiles y militares israelíes, aunque reducidas, eran constantes, subiendo la presión sobre el gobierno y las IDF para que hicieran algo.

Ese algo llegó, después de meses de frustraciones con el grueso del aparato militar volcado en una guerra en Gaza que se prolongaba sin alcanzar aún los objetivos deseados, con una sorpresiva operación de inteligencia digna de una película de James Bond: la llamada «Operación Grim Beeper». En la tarde del 17 de septiembre de 2024, miles de buscas usados intensivamente por los cuadros de Hezbolá para comunicarse y recibir órdenes y a los cuales la inteligencia israelí había manipulado con pequeñas cargas explosivas, estallaron remotamente matando a una decena de militantes de esa organización terrorista e hiriendo a miles de ellos, tanto en el Líbano como en Siria. Al día siguiente, cientos de walkies-talkies también en las manos de Hezbolá, estallaron, causando de nuevo múltiples heridos. El resultado fue la incapacitación de toda la red de comunicaciones de Hezbolá y la baja de miles de sus mandos intermedios.

Diez días más tarde, el 27, la aviación israelí, bombardeó quirúrgicamente un edificio en el barrio del sur de Beirut, Dahiya, reducto de la milicia chií, bajo el que se escondía uno de los centros de mando de Hezbolá y en el que en ese momento estaba reunida toda su cúpula, matando, entre otros a su líder, Hassan Nasrallah. Su sucesor designado, Hashem Safieddine, sería eliminado días más tarde en una nueva operación aérea sobre Beirut. Con los otros dirigentes militares y de información que había perdido anteriormente Hezbolá, la organización quedaba literalmente decapitada.

El 1 de octubre había comenzado la ofensiva terrestre sobre el sur del Líbano destinada a limpiar de infraestructuras militares de Hezbolá al sur del río Letani, algo que la UNIFIL II debería haber realizado tras la guerra de 2006 y a tenor del mandato de la resolución de la ONU 1701, pero que no supo o no quiso hacer.

A finales de noviembre, Benjamín Netanyahu anunció el acuerdo de alto el fuego con el Líbano, efectivo desde el día 26, bajo las condiciones de retirada de todas sus fuerzas al sur del Letani, el despliegue de las Fuerzas Armadas libanesas para garantizar que Hezbolá no retornase a la zona y la retirada progresiva de las tropas israelíes del sur del Líbano.

Desde entonces, la situación en el norte ha sido tranquila y estable, pudiendo volver a sus casas los miles de desplazados. Y algo más, la derrota de Hezbolá ha generado una nueva dinámica política en el país, que promete

escapar al control de Hezbolá e Irán y abrir una nueva etapa política para el Líbano.

En resumen, con una brillante y eficaz operación de inteligencia, con unos pocos ataques quirúrgicos con los que eliminar a los principales dirigentes de Hezbolá, y una limitada incursión terrestre, la joya de la corona exterior de Irán, Hezbolá, resultó eliminada como la columna vertebral de la estrategia de cercamiento por parte de Irán sobre Israel.

Anular la presencia iraní en Siria

La segunda gran pieza de esa estrategia del «anillo de fuego» en torno a Israel, Siria, también caería poco después. Un día después de que Israel detuviese sus operaciones militares en el Líbano y firmase un alto el fuego con Beirut, las fuerzas opositoras al brutal régimen de Bashar al-Ásad iniciaban una ofensiva que culminó abrupta y sorpresivamente con la caída de Damasco en menos de dos semanas, la consiguiente huida a Moscú de al-Ásad y la constitución de un nuevo gobierno bajo el liderazgo del otrora yihadista y cabeza visible del grupo Hayak Tahrir al Sham (HTS), vinculado a Al Qaeda, y cuyo nombre de guerra hasta ese momento fue Abu Mohammed Al Jolani.

Hay que recordar que Siria representaba para Israel la mayor amenaza convencional y el peligro de que, llegado el caso, Damasco se atreviera a utilizar su armamento químico en un enfrentamiento con Israel. La guerra civil desatada en 2011 a la vez debilitaba el régimen de al-Ásad, pero abría nuevas preocupaciones para el gobierno de Jerusalén, como, por ejemplo, una mayor presencia iraní en Siria de carácter permanente.

En los primeros meses de la guerra civil en Siria, el establishment de seguridad israelí dio por hecho el final de la dinastía Ásad y la unidad del país. Era cuestión de tiempo. El primer ministro, entonces Benjamín Netanyahu, declaró su línea de acción en relación a los acontecimientos en Siria: prestaría ayuda humanitaria con el establecimiento de hospitales de campaña en los Altos del Golán, donde serían tratados todos los sirios necesitados de ayuda médica que así lo quisieran; respondería a cualquier fuego que se abriera directamente contra suelo israelí; y no permitiría la transferencia o el paso por Siria de armas destinadas a Hezbolá que supusieran un cambio cualitativo en sus capacidades ofensivas contra la seguridad de Israel.

Tuve la oportunidad de visitar uno de esos hospitales de campaña y tengo que reconocer el admirable trabajo de los médicos y sanitarios frente a las

siempre horribles heridas del campo de batalla. También pude asistir a un fuego de represalia después de que un mortero fuese disparado desde la nueva Al Qinytra. Y no que decir tiene que la aviación israelí condujo todos estos años misiones de destrucción de envíos para Hezbolá sin tener que penetrar en el espacio aéreo sirio las más de las veces, recurriendo a misiles aire-tierra stand-off.

Sin embargo, tras la reconquista a sangre y fuego por parte del régimen con la ayuda de Rusia del bastión de la oposición en Aleppo en 2015, Israel tuvo que aceptar dos cosas: que al-Ásad no iba a caer; y, más significativo, que una superpotencia, en este caso Rusia, se había instalado a tan sólo decenas de kilómetros de Israel. Sin renunciar a sus tres principios guías, el gobierno israelí tuvo que acomodar en sus planes a las fuerzas rusas en Siria y a fin de evitar una confrontación directa con Moscú, negoció un llamado «deconflicting agreement», por el cual Israel renunciaba a atacar instalaciones donde hubiera presencia rusa y comunicaba con un cierto preaviso las misiones de ataques que su aviación pensaba llevar a cabo.

Sorprendentemente, el acuerdo funcionó bien e Israel pudo seguir interceptando las armas destinadas a Hezbolá sin causar escalada alguna con Moscú. Hasta la caída de Damasco y la salida precipitada de las tropas rusas de Siria, demasiado vinculadas al régimen que acababa de ser derrocado.

Como bien sabemos, Al Jolani cambió su atuendo guerrillero por un traje de corte occidental, cambió su nombre a Ahmed Al Sharaa, cambió discurso para presentarse como el dirigente de todos los sirios y sirias y adelantó un plan de transición de cinco años para devolver el poder al pueblo sirio.

En Israel, al igual que en muchas otras capitales occidentales, el nuevo presidente fue recibido con escepticismo, pero también con la esperanza de que estuviese de verdad comprometido con sus palabras. Y hay que decir que, al menos hasta hoy, ha ido cumpliendo. Con la excepción de los ataques contra la minoría drusa, con la que Israel tiene una especial relación, ya que se extiende dentro de sus propias fronteras, no se han producido mayores altercados ni agresiones entre ambos países. Israel destruyó en los primeros días los principales arsenales sirios a fin de evitar que cayeran en las peores manos y comandos de sus fuerzas y pusieron punto final a los depósitos de armas químicas. Para frenar los ataques contra los drusos, algo que se achacó más a la incapacidad de Al Sharaa para imponer su autoridad sobre todas las facciones en liza que a un deseo de imponer un nuevo control desde Damasco, Israel recurrió a acciones de

protección dentro de Siria, pero nada de esto ha impedido un acercamiento diplomático que acaba de culminar en el anuncio de la firma inminente de un acuerdo de seguridad entre ambos países. Irán, por tanto, perdía otro de sus peones a la vez que veía cerrarse su autopista a Hezbolá.

Eliminar la amenaza existencial de Irán

Aunque nunca reconocido de forma oficial, es bien sabido que Israel e Irán se han estado enfrentando en una lucha opaca y en las sombras con una particular intensidad en las últimas dos décadas. El principal objetivo israelí era el programa atómico que Irán estaba llevando a cabo de manera clandestina y en contra de sus obligaciones con el TNP, del que es signatario, pero sin descuidar los rápidos avances iraníes en materia de misiles balísticos y de crucero de largo alcance. Podría decirse que Jerusalén había elegido la senda de entorpecer y ralentizar al máximo el desarrollo militar nuclear por parte de Irán a través de operaciones encubiertas, dando tiempo así a que la comunidad internacional se responsabilizara de poner fin dicho programa.

De 2010 a 2020, diversos científicos de primer nivel y todos relacionados directamente con el programa nuclear iraní sufrieron atentados en Irán que acabaron con sus vidas. Tal vez uno de los más sonados fue el ataque contra Mohnsen Fakhrizadeh, jefe científico del programa nuclear, a finales de noviembre de 2020, en una emboscada a las afueras de Teherán y sobre cuyo desarrollo se ha dicho de todo, desde cañones dirigidos desde miles de kilómetros de distancia a comandos sobre el terreno o coche bomba.

Irán, por su parte, había lanzado diversos ciberataques contra Israel durante todo este tiempo. Según un informe de Google, Irán era la responsable de más del 80% de las actividades en el ciberespacio contra Israel antes de 2025.

Con todo, ninguna de las dos partes se había atrevido a cruzar el umbral de esta guerra en la oscuridad y se habían abstenido de reivindicar acción directa contra el otro alguna. Pero eso iba a cambiar en 2024.

En el contexto de la guerra en Gaza y la amenaza real de Irán alrededor de Israel, la aviación israelí ejecutó un ataque quirúrgico el 1 de abril de 2024 contra un edificio anexo al consulado de Irán en Damasco, utilizado por elementos de la Guardia Revolucionaria iraní y sus fuerzas Quds, la élite de la misma como centro de mando.

No era el primer ataque de Israel contra altos mandos iraníes. Ya en diciembre de 2023 había acabado en Damasco con la vida del general iraní de la fuerza Quds Sayyed Razi Mousavi, así como con el jefe de la inteligencia militar iraní en Siria, el general Sadegh Omidzadeh, en otro bombardeo de precisión sobre un barrio de Damasco, el 20 de enero de 2024.

Sin embargo, el ataque contra el edificio anexo al consulado de abril del 24, donde murió, entre otros, Mohamed Reza Zahedi, líder de la Guardia Revolucionaria, antiguo jefe de la Fuerza Aeroespacial iraní y líder de las fuerzas Quds en ese momento, llevaría a Irán a cambiar de táctica.

Así, en la noche del sábado 13 de abril, después de unos días donde ya se barruntaba la posibilidad de una acción militar directa de Irán contra el suelo israelí, las alarmas empezaron a sonar en todo Israel, una vez que se había detectado el lanzamiento de numerosos drones por parte de Irán camino de Israel. Y eso era tan sólo la primera oleada.

Yo, que me encontraba casualmente en esa semana en el país, recuerdo salir a mi balcón para escudriñar el cielo e intuir la amenaza que se nos venía encima. Unos minutos después, se detectó el lanzamiento de unas decenas de misiles de crucero que tardarían algo menos de dos horas en llegar a Israel y al rato, se avisó del lanzamiento de más de un centenar de misiles balísticos que, de no ser interceptados por los sistemas de defensa israelíes, impactarían en unos pocos minutos. Teóricamente había llegado la hora obedecer las instrucciones del comando de defensa civil y dirigirse al refugio, en mi caso, en el sótano del hotel.

Gracias a la colaboración de fuerzas aliadas de Estados Unidos, Reino Unido, Francia, Emiratos y Jordania, la mayoría de los drones y misiles de crucero fueron abatidos en pleno vuelo antes de llegar al espacio aéreo de Israel. Y los misiles balísticos fueron destruidos casi en su totalidad por los sistemas de defensa israelíes, David Sling y Arrow 3, causando pocos daños los que sí llegaron a impactar. Incluso teniendo también en cuenta que Hezbolá lanzó al mismo tiempo una salva de misiles contra el norte de Israel.

Este primer ataque directo por parte de Irán curiosamente produciría evaluaciones tan sorprendentes como contradictorias. Mientras que podía afirmarse que había sido un fracaso al no haber alcanzado el nivel de destrucción para el que había sido diseñado y que había expuesto muchas deficiencias de las armas ofensivas iraníes, muchos analistas apuntaban al hecho de que la disuasión israelí y occidental sobre Teherán había

resultado inútil para impedir el ataque. Al Jazzer, en un ejercicio de autocomplacencia, llegó a afirmar que Irán salía reforzada en toda la región. Aunque bien sabemos ahora que eso no sólo no era cierto, sino que pudo llevar a un autoengaño fatal a los ayatolas al frente de Irán.

Como viene siendo habitual, los medios de comunicación occidentales comenzaron a especular con una represalia israelí desaforada que nos conduciría a una guerra total en Oriente Medio, pero la verdad es que en Israel se estaba pensando ya en acciones limitadas pero que fueran abriendo el camino a una intervención mayor contra el programa nuclear iraní llegado el caso, dando prueba de una gran visión estratégica a pesar de las circunstancias. Al menos esa fue mi impresión tras entrevistarme en sucesivas ocasiones con miembros del gabinete de seguridad.

La respuesta de Israel se produjo en la madrugada del 19 de abril, con un ataque combinado de drones y misiles en Irán, Siria e Irak. En esos momentos se pensó que fue un ataque casi simbólico cuyo objetivo era más que nada lanzar el mensaje de que Israel podía llegar a Teherán si así se lo plantease. Pero ahora sabemos que, independientemente de esa lectura, los objetivos fueron más estratégicos, afectando a las defensas antiaéreas iraníes, así como a diversas instalaciones del programa nuclear hasta ese momento secretas. El hecho de que tanto el ataque iraní del 14 como éste israelí del 19 de abril no produjesen escalada alguna, nubló en buena medida la importancia de estas acciones.

El ataque iraní, bautizado oficialmente por Teherán como «Promesa Verdadera», fue replicado el 1 de octubre de ese mismo año, 2024. En esta ocasión, la justificación que se dio desde Irán fue la eliminación del líder de Hamás, Ismail Haniyeh, en un atentado en una instalación de la Guardia Revolucionaria en la que se alojaba durante su visita al país, el 31 de julio, así como la muerte del líder de Hezbolá, Hasan Nasrallah junto con el responsable de operaciones de la Guardia Revolucionaria, el general Abbas Nilforoushan, en Beirut el 27 de septiembre.

La «Promesa Verdadera 2» consistió en el lanzamiento de cerca de 200 misiles balísticos en la tarde noche del 1 de octubre de 2024. Irán se pavonearía de haber empleado misiles Fattah, supuestamente de naturaleza hipersónica, y de haber logrado con ello causar grandes daños en Israel. Sin embargo, la realidad fue muy distinta. La mayoría de los misiles fueron destruidos en vuelo y tan sólo unos pocos hicieron impacto directo en unos barracones de la base aérea de Nevatim, en una escuela en Gedera y en un restaurante de Tel Aviv, con un total de dos ciudadanos israelíes fallecidos,

así como un palestino en la ciudad de Jericó, a quien aplastó un misil en su caída. A pesar de haber intentado saturar las defensas de Israel con misiles balísticos más sofisticados, Irán no alcanzó sus objetivos militares.

La respuesta israelí tuvo lugar durante la noche del 26 de ese mismo mes de octubre. Con más de 100 aparatos movilizados entre bombarderos, cazas de apoyo, guerra electrónica, aviones cisterna y equipos de rescate, Israel bombardeó durante varias horas instalaciones militares de la defensa aérea iraní, edificios vinculados al programa nuclear, fábricas de drones y misiles balísticos y centros de control de los sistemas antiaéreos vinculados a los misiles tierra-aire SAM-300, los más sofisticados del arsenal defensivo iraní. Como sabemos ahora, en realidad, Israel estaba garantizándose un corredor aéreo libre de obstáculos para el caso de que necesitaran repetir más adelante otras acciones contra Irán.

El hecho de que la aviación israelí hubiese respetado tanto las instalaciones energéticas del país, y que se hubiera abstenido de poner en su diana a los dirigentes políticos y militares, oscureció para muchos la ventaja estratégica que había conseguido con su ataque. En buena medida, como veremos más adelante, porque en el mundo occidental la idea de que se puede tener éxito militarmente, el propio concepto de victoria está tan denigrado que casi nadie quiere ver que el combate a veces produce consecuencias positivas, incluso más allá del ámbito militar.

Con todo, el discurso de las autoridades iraníes, con su líder supremo a la cabeza, no perdió el triunfalismo, elevando una retórica todavía más belicosa contra Israel, si cabe, en un burdo desafío en el que no veían que podían acabar peor de lo que empezaron. Una de las lecciones que la inteligencia occidental ha podido sacar de este duelo Irán-Israel es el grado de autoengaño en el que autócratas y dictadores suelen caer, sentados en la cúspide de un sistema corrupto en lo tocante a transmitir la realidad.

Con la llegada a la Casa Blanca de Donald Trump y la práctica libertad operativa de actuación para las Fuerzas Armadas israelíes, la posibilidad de un ataque contra el programa nuclear de Irán era cuestión de tiempo. Es verdad que el nuevo presidente estadounidense siempre intentaba primero alcanzar sus objetivos mediante la negociación y que a tal fin envió una carta al líder supremo, Alí Jamenei, a fin de abrir unas nuevas conversaciones con el fin de alcanzar un nuevo acuerdo y poner fin al programa nuclear iraní de naturaleza militar. La misiva, enviada a comienzos de marzo de 2025, daba dos meses para lograr ese acuerdo.

Durante la administración de Joe Biden, Irán había acelerado su programa de enriquecimiento de uranio y contaba ya con la cantidad suficiente de uranio enriquecido al 60% como para poder fabricar media docena de bombas atómicas en cuestión de pocas semanas si así lo decidiera. Una situación que Donald Trump consideraba inaceptable.

Después de las tácticas dilatorias siempre empleadas por los dirigentes iraníes, Jamenei, rechazando las condiciones expresadas en la carta de Trump y su ministro de Exterior abriéndose a estudiar la propuesta y sugerir cambios a la misma, el 12 de abril tuvo lugar en Omán la primera ronda de conversaciones sobre un futuro acuerdo. Y aunque ambas partes salieron de la reunión con mensaje positivo, Irán se negó públicamente a admitir que estaba negociando directamente con Estados Unidos. Con todo, una segunda ronda se abrió en Roma una semana más tarde y una tercera se volvió a celebrar en Omán de nuevo a finales de abril. Los iraníes propusieron nuevas reuniones semanales, dada la dificultad técnica del asunto, aunque todo apuntaba a que lo que pretendían era detener momentáneamente la cuenta de 60 días que Trump había fijado, empezando a contar desde la primera reunión y que expiraba el 11 de junio.

En paralelo, los Estados Unidos e Israel, mano a mano, ponían en marcha una campaña de desinformación que deberá estudiarse en todas las escuelas de guerra y de inteligencia por su efectividad y éxito: el entorno tanto del presidente americano como del primer ministro israelí dejaban entrever serias diferencias sobre lo que podía considerarse un acuerdo aceptable; la prensa, siempre inclinada a separar a Estados Unidos de Israel, cayó en la trampa de amplificar una supuesta mala relación entre ambos mandatarios, en contra de lo que sucedía a puertas cerradas en realidad; delegaciones ministeriales y de altos mandos militares, con el ministro de Asuntos Estratégicos israelí, Ron Dermer, y el director del Mossad, viajaban a Washington DC o a encontrarse con los negociadores de Trump, mostrando su supuesto temor a un mal acuerdo e intentando influir en las conversaciones sin mucho éxito. Todo destinado a hacer creer que Trump no pensaba dar luz verde a un ataque israelí contra Irán.

Pero la realidad era bien distinta. Preocupados no sólo por el ritmo de avance del programa nuclear sino, sobre todo, por las crecientes capacidades de fabricación de misiles balísticos de nueva generación por parte de Irán, cuyo número podría saturar todas las defensas de Israel con cientos de misiles en menos de 2 años de no hacer nada, Jerusalén ya había tomado la decisión de destruir las principales instalaciones nucleares y de misiles más o menos cuando Trump empezaba a preparar su carta a Jamenei. No

sabemos si las conversaciones hubieran llevado a buen puerto -algo que siempre pareció improbable dada la falta de cooperación e interés iraní- no se hubiera dado ningún ataque, pero lo que sí sabemos es que Donald Trump estaba dispuesto a dos cosas: a impedir por todos los medios la bomba iraní y dejar hacer a Israel cuando ésta concluyera que no había más alternativa.

Es verdad que el hecho de que se hubieran abierto conversaciones, así como que algunos altos cargos de la administración Trump, como algunos de sus más ardientes seguidores en los medios, se manifestaran, como buenos aislacionistas, contrarios a involucrarse en una nueva guerra en Oriente Medio, llevó a muchos a pensar que Trump no dejaría a Netanyahu lanzar un ataque y que éste no se atrevería a desafiar a su principal aliado. Pero la realidad de una relación que sólo ahora se sabe tan sólida, era distinta. La pregunta no era si Trump daría luz verde a Jerusalén, sino si Trump acompañaría militarmente en su ataque a Israel.

Comentando esta situación con un buen amigo, ministro israelí y miembro del gabinete de seguridad, llegamos en su despacho en Jerusalén a la misma conclusión: Trump enviaría sus bombarderos y/o más, bajo dos circunstancias. Que a Israel le fuera muy bien en el alcance y efectividad de su ataque, a modo de cereza que culmine el pastel; o que a Israel le fuese muy mal e Irán lanzase tal lluvia de misiles contra Israel que pusiera en peligro su existencia misma. Entonces Trump mandaría a la caballería en su auxilio. Afortunadamente, como sabemos ya, lo segundo no llegó a ser necesario.

El pasado 13 de junio Israel lanzaba un ataque limitado pero letal sobre Irán, atacando simultáneamente las principales instalaciones de conversión y enriquecimiento de uranio, fábricas y almacenes de misiles y drones, otras instalaciones vinculadas a la integración de las cabezas con capacidad nuclear para los misiles balísticos, centros de mandos de la Guardia Revolucionaria y, con la ayuda del Mossad, responsables máximos militares del régimen y los principales científicos vinculados al desarrollo del arma nuclear. En menos de 2 horas la Guardia Revolucionaria y el programa nuclear habían sido decapitados. Y sobre las 6 de la mañana, tras cinco oleadas de bombardeos, una treintena de instalaciones críticas había sido alcanzadas e inutilizadas. Al final del día, más de 100 objetivos habían sido destruidos y miembros del Mossad contaban con bases de drones dentro de Irán con las que atacar lanzaderas de drones y misiles iraníes, mermando su capacidad de respuesta. La llamada «Lion Raising Operation» continuaría durante 12 días.

Irán contraatacó con drones desde el mismo día 13 y el 14 ya pudo recurrir al lanzamiento de misiles balísticos, sometiendo a Israel a una lluvia intensa de misiles y drones. Alrededor de 500 misiles balísticos y más de 1000 drones suicidas fueron disparados desde Irán. Se calcula que cerca del 87% de los misiles balísticos fueron interceptados por las defensas israelíes. Con todo, unos 65 llegaron a impactar causando severos daños en Israel. El Instituto Weitzman, una institución científica de renombre mundial, sufrió el impacto de uno o varios misiles, que causaron la destrucción total e irreparable de buena parte de sus instalaciones y archivos; la refinería del puerto de Haifa también sufrió el impacto de varios ataques, dejándola inoperativa por varias semanas; 28 israelíes resultaron muertos y algo más de 3200 heridos como consecuencia de los ataques iraníes en los 12 días de guerra abierta. El espacio aéreo tuvo que ser cerrado al tráfico comercial con el consiguiente impacto económico y causando que 100 000 israelíes quedasen atrapados fuera del país sin poder regresar a sus hogares.

Si se tiene en cuenta que la tasa de penetración de los misiles iraníes en los primeros días no superó el 8% de los lanzamientos, pero que, recurriendo a distintas tácticas y nuevos misiles, llegó ser del 14%, se entiende la preocupación de los líderes israelíes frente a un escenario potencial de un Irán lanzado miles de misiles contra el pequeño Israel. Y su compromiso para evitarlo. Máxime si decenas de esos misiles podrían, en un futuro no tan lejano, ser portadores de cabezas atómicas.

También hay que subrayar la dificultad de la lucha contra las lanzaderas de misiles. Ya les sucedió a las fuerzas estadounidenses durante la primera guerra del Golfo, cuando Saddam Hussein empezó a disparar misiles contra Israel, y le ha vuelto a ocurrir a las fuerzas israelíes.

La duda que asaltaba a todos los comentaristas, normalmente inclinados al derrotismo, era si Israel podría dañar irreparablemente el programa nuclear iraní, habida cuenta de que instalaciones como Natanz y, sobre todo, Fordow, o estaban muy reforzadas o eran subterráneas bajo decenas de metros de roca bajo una montaña. Sobre todo, si las famosas «bunker busters», las bombas masivas de penetración sólo en manos de la USAF no se usaban.

Esa duda quedó despejada la noche del 22 de junio, diez días después del arranque de la operación «Rising Lion» israelí. El presidente Trump había autorizado el envío de bombarderos estratégicos B-2 Spirit para atacar los objetivos de Isfahan, Natanz y Fordow. Cosa que sucedió esa noche: 12

GBU-57 A/B fueron lanzadas contra Fordow a través de sus sistemas de ventilación, para llegar a las salas de centrifugadoras de enriquecimiento de uranio y 2 sobre Natanz, ya severamente dañada por la aviación israelí. Misiles de crucero lanzados desde un submarino, posiblemente el USS Georgia, alcanzaron tanto Natanz como Isfahan.

Aunque en Irán era de noche, en Washington DC, donde yo me encontraba para unas reuniones con el equipo de Oriente Medio de la administración, era todavía el atardecer y la noticia corrió como la pólvora. Los medios más anti-Trump acusándole de abrir las puertas del apocalipsis, a la espera de una respuesta contundente y letal por parte de Irán. Pero esa respuesta sólo llegó al día siguiente con un ataque super limitado de una docena de misiles lanzados contra las bases americanas en Qatar e Irak, anunciadas con antelación, y que debidamente evacuadas, no produjeron daños significativos. Lejos del fin del mundo, el Estrecho de Ormuz cerrado por Irán y el petróleo por las nubes, lo que se produjo fue una rendición iraní en la forma de aceptación de un alto el fuego, al día siguiente, el 25, poniendo punto final a lo que el propio Trump llamó en su red social «la guerra de los 12 días».

De nuevo, el coro de críticos de Donald Trump empezó a criticar la decisión del presidente, apuntando a una falta de eficacia de los ataques y augurando que Irán no haría más que acelerar su programa nuclear en estos meses. Pero de nuevo, periodistas y expertos se equivocaban. El análisis de las imágenes de satélite y la información recogida por los servicios de inteligencia, decían todo lo contrario.



El presidente de Estados Unidos, Donald Trump, y el vicepresidente JD Vance, escuchan al primer ministro de Israel, Benjamín Netanyahu en el Despacho Oval de la Casa Blanca. Fotografía: Avi Ohayon/GPO/dpa. Fuente: Europapress

En una nueva visita a Israel, para precisamente discutir este punto de la efectividad, el grado de destrucción alcanzada y qué esperar a partir de ahora de Irán, comencé con un notable grado de escepticismo, pero acabé bastante convencido, a tenor de la información que se me presentaba, del daño irreparable causado al programa nuclear y de misiles iraní. Los cientos de miles de centrifugadoras de Natanz y Fordow destruidas o inutilizadas, sin capacidad de reparación o recuperación; el hexafluoruro de uranio ya enriquecido, enterrado bajo los escombros e inservible; los cerebros científicos, eliminados; la conversión del uranio natural, destruida y sin capacidad de reconstrucción sin ayuda directa China; más del 60% de la capacidad de fabricación de misiles, destruida...

Y si a todo eso le sumamos el aislamiento diplomático y la reintroducción por Naciones Unidas de las llamadas «snap back sanctions», la capacidad de hacerse con los materiales y componentes para sus programas militares se complica exponencialmente.

Con todo, conviene no caer en un fácil triunfalismo. Es cierto que Irán parece haberse revelado como un tigre de papel, lo que tendrá un gran impacto político en toda la región, máxime cuando sus títeres en el Líbano, Siria e Irak ven sus fuerzas muy mermadas. Pero no puede ignorarse que si algo tienen los ayatolas es paciencia estratégica. Salvo un cambio de régimen que acabe con el Estado teocrático y fundamentalista que hoy es Irán, es de suponer que harán todo cuanto esté en su mano para volver a dotarse de los medios que acompañen su visión y ambiciones de ser la potencia hegemónica regional y un actor revolucionario a escala mundial.

Es probable que el programa nuclear haya quedado enterrado sin posibilidad de reactivarlo en un futuro previsible. Pero eso no quiere decir que Irán no renuncie a dotarse de misiles balísticos en número y calidad suficiente para amenazar a sus vecinos. De ahí que los planificadores israelíes deban prepararse para un posible escenario de futuro en el que Israel e Irán compitan por prevalecer en ese duelo entre el escudo y la espada. O lo que es lo mismo, adelantarse tecnológicamente en una carrera de armamentos de difícil final. Pero, hoy por hoy, la amenaza existencial de Irán sobre Israel se ha evaporado gracias a las acciones militares israelíes y americanas.

II. El peligro del fuego amigo

A comienzos de diciembre de 2023 tuve la oportunidad de visitar una compañía de blindados que operaba en el norte de Gaza. Habiendo seguido de cerca el conflicto en Ucrania, sabía perfectamente la voracidad con la que los conflictos modernos de alta intensidad devoran la munición. Y el caso de Gaza, al menos en su fase inicial, no podía ser muy distinto. Acababa de comenzar la ofensiva terrestre hacía unos pocos días y la artillería y los carros de combate, con sus obuses de precisión jugaban un papel determinante.

De lo que yo no era consciente hasta ese momento era de la debilidad industrial para aprovisionarse de sistemas de munición. Por un lado, estaban los sistemas defensivos, en particular los interceptadores del Iron Dome, cuyo arsenal se reducía drásticamente dada la intensidad de los cohetes lanzados por Hamás contra Israel en estos días. Por otro, la munición y muy especialmente las piezas de artillería y obuses de 105 y 155mm.

La guerra en Gaza llegó en un momento donde el esfuerzo bélico por aprovisionar a Ucrania había vaciado casi por completo los depósitos de munición de todo el mundo occidental, incluido los Estados Unidos. De hecho, en enero de 2023 cientos de miles de obuses del ejército estadounidense que estaban almacenados en Israel fueron enviados a Ucrania para alimentar el intenso intercambio de fuego de artillería que tenía lugar por entonces entre ese país y Rusia. El gobierno de Lapid-Bennet, quien fue informado por las autoridades norteamericanas de este desvío de munición, dio su visto bueno al considerar que Israel no previa escenario alguno por el que tuviese que recurrir al acceso de dichos depósitos, en una prueba más de la ceguera del establishment político y de seguridad israelí frente a lo que se estaba ya preparando.

Además, las principales fábricas de munición en Europa apenas eran capaces de cubrir las necesidades ucranianas en esos momentos. Baste recordar que, a finales de 2022, Ucrania consumía en una semana lo que la industria de la defensa europea era capaz de producir en un mes en el mejor de los casos.

La guerra en Gaza que, a diferencia de anteriores operaciones militares en la Franja, amenaza con dilatarse en el tiempo, colocaba en una situación delicada a las fuerzas de defensa de Israel en lo tocante al tempo de operaciones. Menos munición, menos disparos y, por lo tanto, menor poder ofensivo.

Aún peor, la extrema dependencia del mercado exterior, sobre todo del estadounidense, habitual proveedor de Israel, dejaba al país en una posición de vulnerabilidad frente a presiones políticas y diplomáticas que recurrían a la amenaza de reducir, retrasar o cortar del todo el suministro de determinados sistemas de armas si Jerusalén no se avenía a actuar como se le pedía.

La administración Biden fue un claro ejemplo de este juego del palo y la zanahoria con el gobierno de Israel. El principal valedor estratégico de Israel no dudó, mientras públicamente se daba todo el apoyo a Israel, en chantajearlo cuando las cosas no se producían según sus preferencias. Así, en la primavera de 2024, altos cargos de la administración del presidente Biden empezaron a hablar de «pausar» la entrega de determinados materiales a Israel porque consideraban que las bajas de civiles en Gaza eran demasiado altas; luego, cuando la población gazatí había sido evacuada al suroeste de la Franja, el presidente Biden dijo que no aprobaría la entrega de bombas de 2000 libras ante el temor que fuesen usadas en el asalto a Rafah. Por poner sólo dos ejemplos. Más tarde, ante las acusaciones mediáticas de que Israel estaba impidiendo la entrada de ayuda humanitaria, los Estados Unidos volvieron a amenazar con cortar la entrega de armas si Jerusalén no permitía la entrada de más camiones. Algo que no llegó a hacer, hay que subrayarlo, porque los juristas del Pentágono y del Departamento de Estado determinaron que Israel no estaba incumpliendo con sus obligaciones en esta materia.

En cualquier caso, la realidad era que Israel quedaba expuesta diplomáticamente, señalada sin que hubiera confirmación alguna de lo que se le acusaba y, aún peor, forzada a reconsiderar su curso de acción para acabar con Hamás.

Es lógica la preocupación por las víctimas civiles que se producen en todo conflicto bélico. Pero, sinceramente, tengo serias dudas de que los responsables en Washington estuvieran solo preocupados por las pérdidas de inocentes a causa de la violencia de la guerra. Injustamente se callaba la dificultad de luchar en un terreno urbano y tan densamente poblado, como es Gaza. No se trataba de un campo de batalla «normal»; tampoco se hacía justicia ignorando el esfuerzo que los militares israelíes hacían para intentar minimizar las bajas de inocentes en un enfrentamiento donde no hay distinción entre civiles y combatientes, más allá de portar un arma o un explosivo. Desde la operación «Protective Edge» he tenido la oportunidad de coordinar un grupo de generales y almirantes, todos exjefes de estado mayor y de operaciones, provenientes de más de 12 países, de la India a

Colombia pasando por Europa y América del Norte, y hemos podido reportar los complejos métodos usados por las IDF para alertar a civiles para que abandonen áreas que son dianas legítimas así como para la toma de decisiones sobre si llevar adelante un ataque cuando hay sospechas de que puede haber civiles en las proximidades. El Grupo Militar de Alto Nivel, al que he acompañado siempre en sus misiones de análisis de las operaciones militares en Gaza, metiéndonos en túneles que cruzaban desde Gaza a Israel o en suelo de la propia Franja acompañando a unidades israelíes para poder observar sus operaciones en primera persona, siempre ha concluido que de aplicar los mismos estándares a los ejércitos occidentales, nunca podríamos hacer una guerra y que muchas de las acusaciones que se vierten sobre la desproporcionalidad o la crueldad de los militares de Israel son fruto de la ignorancia y/o, peor, de la estrategia de deslegitimación con las que los enemigos de Israel quieren socavar su existencia; ni tampoco se decía nada de que la ayuda humanitaria fluía gracias a Israel, en un acto que nunca antes se había exigido en una guerra: proporcionar combustible, agua y alimentos a tu enemigo.

Dejando de lado voluntariamente todos estos aspectos relevantes de la guerra en Gaza, la administración Biden estaba alimentando una campaña internacional en contra del Estado de Israel que no sólo buscaba salvar a Hamás de una derrota asegurada, sino promover una región sin Israel ni judíos, una campaña de limpieza étnica en toda regla promovida por los tentáculos de Hamás, de los Hermanos Musulmanes y de la izquierda occidental.

El porqué de esta actitud estadounidense sólo lo podrán averiguar los historiadores, pero está claro que para la administración Biden una guerra abierta en Gaza, donde uno de los actores indirectos era Irán, impedía avanzar en su obsesión de revivir el acuerdo nuclear que firmó Obama en 2015 y que fue abandonado después por Donald Trump en su primer mandato.

En todo caso, Estados Unidos no se quedó sólo con las críticas a Israel. Los europeos, tan dependientes de Biden para la guerra de Ucrania, no se quedaron atrás. Como es tradicional en gentes e instituciones profundamente pacifistas e ignorantes por completo del infierno que es una guerra, enseguida salieron las voces exigiendo a Israel «proporcionalidad», voces que se irían paulatinamente radicalizando, frustradas por su impotencia para influir un ápice en el gobierno israelí, hasta llegar a entonar los cánticos del islamismo radical, «Una Palestina libre, del río al mar». O, lo que es lo mismo, la destrucción total de Israel. El grado más extremo es, sin lugar a duda, el gobierno de coalición socio-comunista de España, bajo la batuta de su primer ministro, el socialista ultra radical, Pedro Sánchez, capaz,

incluso, de hacer votar un embargo de armas a Israel el mismo día en que se cumplían dos años del pogromo desatado por Hamás.

Tres han sido los dirigentes, que no líderes, europeos más empeñados en mostrar su oposición al gobierno de Israel y más activos en lograr un alto el fuego bajo las condiciones que fuesen, con o sin el retorno de los secuestrados: el presidente galo, Emmanuel Macron; el primer ministro británico Keir Starmer y el ya mencionado, el español, Pedro Sánchez. Y en sus márgenes, los responsables de la Unión Europea, siempre críticos con Israel.

Hay muchas razones que explican el porqué del antiisraelismo europeo. Pero básicamente, podemos resumirlas en tres: Israel cometió una traición con la izquierda que le apoyó en su nacimiento, abandonando sus principios socialistas para abrazar el capitalismo salvaje de los Estados Unidos; Israel es la expresión nacional de un pueblo cuya identidad viene dada por la religión, es el Estado judío, y eso choca frontalmente con el hipersecularismo de los europeístas; y, en tercer lugar, Israel está dispuesto a defenderse, a matar y morir a fin de preservar su existencia y su identidad y no sólo su prosperidad y libertad. Que también. En una Europa institucional y sociológicamente pacifista, la naturaleza aguerrida de Israel resultaba del todo inaceptable.

El problema de fondo de los europeos se agudiza si metemos en la ecuación el retorno de Donald Trump a la Casa Blanca porque disgustados y enfrentados a un presidente que no comprenden, su solución ha sido radicalizar sus propuestas y separarse aún más de Estados Unidos. Así, mientras que, durante 2024, bajo el mandato de Biden, se mantuvieron con una prudente distancia y con su foco de atención en la propia Europa y la amenaza rusa, en 2025 caen, desatados, en una competición por vez quien reconoce antes al Estado palestino, independientemente de lo que estuviera sucediendo sobre el terreno en Gaza, a pesar de que su justificación era presionar a Israel para acabar la guerra cuanto antes.

Respuesta al apoyo de Trump a Jerusalén, pero también, más perverso si cabe, táctica política para hacer más llevadera la extrema debilidad doméstica de esos tres gobernantes. Si hay algo que les caracteriza a todos es su baja popularidad, su incapacidad para sacar sus leyes e ideas adelante y una huida hacia delante con la esperanza de que la bandera palestina les de algún rédito electoral. En el caso español, su primer ministro se encuentra acosado judicialmente por varios casos de corrupción y necesita robarles los votos a los comunistas con lo que sea para evitar un descalabro electoral; en los casos de Macron y Starmer, el miedo a

la violencia desatada por las amplias minorías musulmanas en su suelo también ha pesado en sus posturas sobre Israel.

Ya sea por ignorancia, estupidez política o por pura maldad, lo que han conseguido estos tres gobernantes no ha sido ni detener la guerra en Gaza, ni impedir un ataque israelí-estadounidense sobre Irán, ni convencer a los árabes, ni empezar a edificar un Estado para los palestinos. Desgraciadamente -y la historia les juzgará-lo único que han alimentado es un monstruo no ya antiisraelí, sino antisemita, dejando que las hordas islamistas se hagan con la calle europea, que no con la calle árabe, promoviendo una nueva y triste caza al judío que, de seguir así, acabaría convencido de que no tiene futuro en ninguno de estos países. O en la mayoría del continente europeo.

A ninguno le ha importado, arrojados en su grandilocuencia huera, jugar con las esperanzas de los palestinos ni con el futuro de los israelíes y judíos europeos si con eso quedaban mejor en los medios, aumentaba aparentemente su popularidad y aseguraban un día más en el poder.

Por querer aparecer como justicieros sobre Israel, han rendido la vieja Europa a los designios teocráticos, totalitarios y de dominación del islamismo. Por querer derrotar a Israel, han perdido la batalla con Trump, la perderán con Putin y acabarán por rendir la civilización occidental en el continente. Y todo ello envuelto en las buenas palabras sobre el sufrimiento del pueblo palestino, el abandono de los rehenes israelíes y el disfraz de creerse relevantes en una región donde ni lo son ni lo van a ser.

Ahora, tras el reconocimiento del Estado palestino, una ficción más, durante la Asamblea Anual de los sátrapas de la ONU, se dice que Israel está más aislado que nunca. Aunque en realidad son estos dirigentes europeos quienes están más aislados que nunca, alejados de quien sí tiene poder, el presidente estadounidense, en discordancia con el gobierno más importante de Europa, el alemán, y marginados por el mundo árabe que, inteligente, sigue la partitura del presidente de Estados Unidos.

Con todo, hay una lección estratégica a aprender en Israel: los amigos en la vida van y vienen, mientras que los enemigos se acumulan. Ciertamente, Israel es hoy más fuerte que en cualquier situación anterior en términos militares, pero no debe olvidar el estrangulamiento al que puede ser sometido si el inquilino de la Casa Blanca cambia de persona o de opinión. Una tarea imprescindible del gobierno que salga de las próximas elecciones el año que viene no es reconstituir el stock de munición, sino poner en marcha un plan de industrialización que pueda atender las necesidades más imperiosas de su defensa.

III. Políticos y militares: la guerra de desgaste

Mis primeras reuniones con mandos militares israelíes tuvieron lugar a comienzos de noviembre de 2023, justo unos días después de que hubiese comenzado la ofensiva terrestre sobre Gaza. Tengo que confesar que mi impresión final fue bastante desesperanzadora. Por un lado, el shock del 7 de octubre seguía más que vivo, lo que suponía una potente carga que forzaba a todos a dar con algo, un curso de acción viable y eficaz; en segundo lugar, el fantasma de la culpabilidad por haber fallado en la anticipación del ataque de Hamás, por no haber previsto la crueldad de los palestinos y por no haber podido reaccionar antes, inundaba la atmósfera del cuartel general de las IDF. La necesidad imperiosa de concentrarse en las operaciones en curso no borraba los pensamientos sobre qué había fallado y de quién era la responsabilidad de la tragedia; en tercer lugar, imperaba un cierto pesimismo: después de un mes de bombardeos y unos días de campaña terrestre, Hamás, a diferencia de ocasiones anteriores, seguía no sólo sin rendirse, sino que resistía ferozmente. Las bajas empezaban a acumularse y aunque estaban muy por debajo de lo que estudios y planes anteriores habían anticipado, el temor a que siguieran creciendo era una visible losa sobre los hombros de los mandos.

El primer ministro Netanyahu había hecho público el 25 de octubre los tres objetivos de la guerra: la liberación de todos los secuestrados; la eliminación de toda amenaza militar proveniente de la Franja; y la supresión del gobierno de Hamás en Gaza. El quid de la cuestión estaba en cómo compatibilizar todos los objetivos.

Entonces, en noviembre del 23, las familias de los rehenes de Hamás no estaban ni tan organizadas ni tan movilizadas políticamente, pero sus sentimientos, lógicamente, estaban claros: recuperar cuanto antes a sus seres queridos, incluso aceptando un alto el fuego que imposibilitara los otros dos objetivos marcados por el gobierno. Ya habría tiempo de lidiar con Hamás después, se decía, ignorando que cualquier alto el fuego que dejase prácticamente intacta la estructura militar y política de Hamás, sería interpretada como su victoria y una derrota de Israel, que sólo podría envalentonar más a todos los enemigos del Estado judío, desde el Líbano a Irán. Igualmente, con una comunidad internacional que ponía la responsabilidad de la guerra en Israel y no en Hamás, la libertad de acción de Israel, una vez firmado un alto el fuego, sería mínima, salvo en el escenario de una flagrante violación de sus términos por parte de Hamás. Y, con todo, Israel no se libraría de una condena diplomática dado el antiisraelismo imperante en las instituciones internacionales y muchas cancillerías.

A pesar de que el gobierno rompió con una tradición no escrita en Israel, a saber, que el gobierno no entabla una relación directa con los familiares de secuestrados, Netanyahu nombró un responsable de alto nivel para hablar con las familias y abriría un canal de negociación con Hamás a través de Qatar y Estados Unidos, entre otros. Con todo, 251 secuestrados era una cifra que cambiaba el juego doméstico y la angustia de las familias tenía que ser tenida en cuenta. Lástima que, con el paso de las semanas, y ante un primer ministro decidido a alcanzar todos los objetivos de la guerra, buena parte de los familiares cayeran en las manos de la oposición a Netanyahu, cada vez más radicalizada desde que el primer ministro volviera de nuevo al poder tras las elecciones de un año antes, en noviembre del 22.

En cualquier caso, en ese momento, a principios de noviembre, con un país todavía visiblemente en estado de shock, lo que más me llamó la atención fue la brecha, que se iría agrandando con el paso de los meses, entre la dirección política y los mandos militares del Ministerio de Defensa. En mis reuniones pude escuchar en varias ocasiones el escepticismo sobre la viabilidad de derrotar a Hamás. Una cosa era acabar con su arsenal y su capacidad de regeneración, de tal forma que no se pudiese repetir otro ataque como el del 7 de octubre y otra muy distinta, me decían, acabar con el gobierno de Hamás. Aunque se solía argumentar contra el coste humano y temporal que exigiría llevar a cabo ese tercer objetivo del gobierno, en realidad, aunque no se dijera explícitamente, lo que dictaba la actitud de los planificadores militares era su temor a tener que hacerse cargo de la administración de la Franja, con una ocupación de facto, porque sin Hamás, sólo el caos imperaría en Gaza. Mi impresión fue que los mandos militares preferían tener a un Hamás débil, responsable del orden en Gaza, que tener que hacerse cargo ellos de la gobernabilidad de la Franja.

Sin restarle mérito a sus valoraciones operacionales y estratégicas, para mí el problema estribaba en la disonancia que se iría abriendo entre el discurso del primer ministro y el Ministerio de Defensa. Mientras que Netanyahu usaba la palabra hebrea *mitut*, que implica la destrucción, en los pasillos de las plantas nobles del Ministerio de Defensa se recurría a la palabra *peruk*, que significa desmantelamiento. Una diferencia para muchos sutil, pero, para mí, cargada de connotaciones que podrían complicar la dirección y el curso de la guerra.

Una de las implicaciones más palpable de estas formas distintas de entender la victoria fue el método operacional empleado por las IDF en su campaña terrestre. Para sorpresa del general estadounidense David Petraeus, el padre de la doctrina «Clear, hold, and build», las IDF buscaron

precisamente lo opuesto: «Clear and Leave», esto es, que, en lugar de quedarse en el lugar conquistado y limpio de insurgentes para ganarse a la población civil y poder pasar a la siguiente fase de reconstrucción, los militares israelíes limpiaban un área de combatientes de Hamás y otros grupos palestinos y, una vez despejada de esa amenaza, se retiraban. Eso sí, manteniendo la habilidad de volver en mejores condiciones operativas si Hamás volvía a hacer acto de presencia.

Puede que la diferencia entre Petraeus y el general Halevi, jefe de las IDF en ese momento, fuera la creencia del estadounidense en que los civiles se pondrían de su lado mientras que en Israel no se creía que los palestinos «civiles» les apoyarían contra Hamás. Al menos, no de momento. No podemos olvidar que junto a los casi 2000 terroristas que cruzaron el 7 de octubre a Israel, otros tantos civiles siguieron en una segunda oleada, siendo responsables de más crímenes, pillaje y destrucción. Todo bien documentado por las cámaras.

Con todo, quizá se subestimó la capacidad de Hamás para resistir gracias a su red de túneles y de volver a ocupar el territorio perdido. De ahí que hubiera que montar sucesivas incursiones en el norte y sur de Gaza. Cierto, tal y como se previa, las segundas campañas eran más sencillas y menos costosas en vidas, pero no dejarían de causarme una amarga impresión. Era la historia de nunca acabar.

Las diferencias entre el mando político y el militar también se tradujeron inicialmente en la preferencia del Ministerio de Defensa, con Gallant a la cabeza, por dejar Gaza para más adelante y concentrarse en lo que preveían era una amenaza mayor, Hezbolá en el Líbano. Las IDF sabían cómo luchar esa guerra y salir victoriosos, se nos había dicho regularmente en visitas anteriores del grupo Militar de Alto Nivel. Pero gracias al empeño del primer ministro, eso no sucedió.

Con el paso de los meses, un interesado derrotismo se fue haciendo público a través de filtraciones, las aireadas divergencias entre el ministro de Defensa -finalmente cesado en noviembre del 24- y el primer ministro, así como declaraciones públicas de algunos mandos militares. Quizá el capítulo más surrealista tuvo lugar el 20 de junio de 2024, cuando el entonces portavoz de las IDF, el almirante Hagari, declaró en la televisión israelí, que «Hamás era una idea que no podía ser eliminada». Y aunque sus palabras tuvieran su sentido en el contexto de intentar limitar las opciones del primer ministro en la dirección de la guerra, no sólo resultaban penosas, sino inaceptables.

Para mí, era como si los líderes militares en Israel se hubieran contagiado del pensamiento militar occidental, que ha dejado de creer en la victoria. Las guerras no se ganan, sólo se gestionan. Pero eso es algo que sólo quienes no tienen que luchar en guerras por su existencia se pueden permitir. Y no es el caso de Israel.

Con el reemplazo de Herzi Halevi por el teniente general Eyal Zamir, el pasado 5 de marzo de 2025, pensé que finalmente las IDF se alienarían por completo con la dirección política. Sus palabras en la ceremonia de toma de posesión de su nuevo cargo así lo parecían apuntar: «La tarea que hoy recibo es clara: llevar a las IDF a la victoria (...) Hamás ha sufrido un daño incalculable, pero todavía no ha sido derrotada. La misión no ha sido todavía completada».

En Oriente Medio siempre es bueno retener una dosis de escepticismo sobre el futuro y mi ilusión por un cambio de aproximación militar en Israel sobre la guerra tenía que ser contenida por el sentido común de la experiencia de muchos años en la zona.

Al aterrizar otra vez en Ben Gurión el 1 de septiembre pasado, me encontré en la prensa la filtración de las discusiones del gabinete de seguridad que se había reunido la tarde anterior en Jerusalén. La filtración subrayaba el rechazo de las IDF a iniciar una ofensiva sobre la ciudad de Gaza y su preferencia por aceptar un alto el fuego y negociar la vuelta de los secuestrados por Hamás. Hezbolá decapitado; la amenaza nuclear de Irán eliminada; el poder militar de Hamás desmantelado, Israel podía parar sus acciones ofensivas en ese momento si eso permitía recuperar a los rehenes con vida. La prensa culpaba al primer ministro por su empeñamiento en prolongar la guerra. Como le dije a un buen amigo, miembro del gabinete de seguridad y parte importante en todo lo que Israel ha hecho desde el 2023 hasta ahora, «parecería que hemos vuelto a estar donde estábamos hace un año».

Es como si los militares no creyeran en que sólo aplicando más presión militar Hamás puede llegar a aceptar la liberación de los rehenes. Es más, su contradicción reside en pensar que la idea de Hamás de acabar con Israel no puede erradicarse y creer que un Hamás debilitado no intentará reconstituirse y seguir con sus planes de destruir a Israel en cuanto pueda. La estrategia llevada a cabo en el Cisjordania de «Mow the Lawn», esto es, de intervenir en cuanto un terrorista asoma la cabeza, exigiría en Gaza acciones casi permanentes, con el lógico desgaste israelí.

Sea como fuere, los mandos de las IDF no lograron convencer al primer ministro de no arrancar una nueva ofensiva sobre la Ciudad de Gaza, último

bastión, junto al llamado Campo Central, de Hamás en la Franja. Es verdad que con condiciones en lo relativo al ritmo de avance y en dejar de lado, de momento, el Campo Central. Pero como hoy sabemos, si Hamás finalmente se ha mostrado abierto a negociar el retorno de todos los secuestrados, se ha debido, en buena medida, por el escenario de una inminente derrota en el campo de batalla. Y, desde mi humilde punto de vista, ese empeño ha sido decisión y responsabilidad exclusiva de Benjamín Netanyahu.

Que los militares se opongan o sean refractarios a los planes de los dirigentes políticos suele ser algo habitual en las democracias. Pero que lo hagan sistemáticamente en tiempo de guerra sólo puede dañar el esfuerzo bélico de toda la nación.



Soldados israelíes recogen el cuerpo de un compatriota asesinado durante un ataque de terroristas palestinos en Kfar Aza (sur de la frontera entre Israel y la Franja de Gaza).
Fotografía: JACK GUEZ/AFP

IV. La guerra total: todos contra Netanyahu

El 7 de octubre de 2023 me desperté convaleciente de una enfermedad que me obligaba a estar en la cama. Pero los avisos de WhatsApp entrantes rompieron mi sueño. «Estamos en guerra» me avisaba un buen amigo, periodista en un canal de televisión en Jerusalén. Como pude intenté comprender qué estaba pasando, pero las noticias eran muy confusas. En cuanto tuve una ligera idea de lo que estaba sucediendo en suelo de Israel, invadido por miles de terroristas de Hamás y la Yihad islámica, la primera pregunta que me vino a la cabeza fue «¿cómo ha sido posible?». Había visitado varias veces la frontera con Gaza y me habían convencido de que, gracias a la tecnología y la inteligencia, era la línea defensiva más sofisticada del mundo. Y me acordé de la tristemente famosa Línea Maginot y del Titanic. La osadía, el engreimiento y la complacencia nunca han sido buenas consejeras estratégicas.

Como buenamente pude, me puse delante del ordenador y pergeñé lo que sería mi primer artículo sobre el 7 de octubre que se publicaría el 9 en Voz. US. Su título era «Israel ha estado siempre en guerra» y la tesis básica que la malinterpretación de los planes, ambiciones y capacidades de Hamás no recaía únicamente en la inteligencia ni en los militares encargados de velar por la seguridad de la zona; ni acababa en los líderes políticos y el primer ministro. Sino que respondía a una profunda transformación social acontecida en los últimos años en Israel. Un Israel que se creía admirado por su capacidad de innovación, aceptado por su globalización, y con un futuro de tranquilidad, libertad y prosperidad por su poderío militar. Escaramuzas, puede; guerra existencial, no.

Mi opinión fue mal recibida incluso por mis amigos más cercanos, quienes interpretaron que estaba intentando repartir culpas y salvar, así, a Netanyahu de la quema. No era esa mi intención, sinceramente. Pero me abrió los ojos el odio que muchos le tenían y siguen teniendo, a Benjamín Netanyahu. Así como en Estados Unidos se hablaba del «*Trump Derangement Syndrome*» por el que los críticos del presidente veían en él la causa de todos los males reales e imaginarios, en Israel deberíamos hablar del «*Bibi Derangement Syndrome*» también.

Que Netanyahu tenía una pésima reputación internacional era una realidad cuando volvió al poder en 2010. Su primer mandato había enfurecido a Clinton y en Europa se le miraba como al diablo. En un momento en el que el mundo necesitaba un nuevo chivo expiatorio tras la salida de la Casa

Blanca de George W. Bush, «Bibi tenía todas las cartas para sucederle en ese papel», como dijo el expresidente Aznar por aquel entonces. Y precisamente por eso invitó a una veintena de exprimeros ministros y ministros, de Canadá a Australia, a formar lo que se llamó la *Friends of Israel Initiative*, un grupo de alto nivel a través del cual intentar sosegar los ánimos e introducir cierta racionalidad sobre el futuro de Israel entre los decididores del momento. Pero Israel no sólo necesitaba amigos externos, demandaba a gritos restaurar el sentido común dentro del país.

La justificación para orquestar una campaña de protestas contra el gobierno de Netanyahu fue su iniciativa de reformar el sistema de elección de los jueces del Tribunal Supremo en el invierno de 2023. La izquierda y los detractores del primer ministro se lanzaron a deslegitimarlo con acusaciones de que lo que quería era acabar con la democracia en Israel para o bien perpetuarse en el poder o bien para salir indemne de las investigaciones por corrupción en las que estaba envuelto.

Tengo que confesar que estando de acuerdo con el planteamiento básico del gobierno, nunca llegué a entender del todo el porqué del momento para lanzar una reforma que, en el fondo, todos veían necesaria, pues los jueces, amparados en la ausencia de una constitución y movidos por dudosos preceptos jurídicos, realmente se estaban incrustando en el proceso de toma de decisiones políticas de manera preventiva. Pero no es el momento de entrar a analizar ese tema. A mí lo que me preocupaba era la imagen de división y cómo eso podía ser interpretado como una debilidad estructural por los enemigos de Israel. Y así lo escribí con mi buen amigo el coronel en la reserva Richard Kemp, antiguo comandante de las fuerzas británicas en Afganistán y experto en las condiciones de la guerra moderna, en un artículo que llamaba a la moderación porque el asalto por todos los medios al gobierno de Netanyahu estaba en realidad debilitando a todo el Estado de Israel, animando a la administración Biden a castigar a Netanyahu personalmente, no recibéndole en la Casa Blanca, por ejemplo, y sembrando dudas sobre su autoridad de cara a los enemigos de Israel.

Ni que decir tiene que nuestro llamamiento a moderar el tono no tuvo ningún éxito y nuestros intentos de que algunos conocidos, con experiencia en el terreno militar, estratégico y político, reconocieran el peligro de alimentar una rebelión nacional, un fracaso total. Personas como Boogie Ya'alon lejos de escucharnos, se pusieron al frente de las manifestaciones porque lo que querían era el derrocamiento como fuese de Netanyahu. El antiguo héroe, ministro de Defensa y primer ministro, Ehud Barak, incluso llamó al golpe de Estado contra el gobierno salido de las urnas.

La reforma judicial era la única palanca que la oposición y descontentos de todo tipo tenían contra Netanyahu y no estaban dispuestos a renunciar a ella. Pero no era la razón última de su malestar. Mucho me temo que una parte de la población que se identifica como laica y de izquierdas se sentía frustrada al ver el corrimiento a posiciones conservadoras y más religiosas de la sociedad en general. El prolongado ejercicio del poder por parte de Netanyahu, el primer ministro con más años en el puesto de toda la historia de Israel, se interpretaba como la impotencia para que el país retornase a postulados de la izquierda. Todo el debate sobre la obligatoriedad para los haredies de servir en el ejército también era expresión de este dilema que partía el país de este a oeste, entre el ethos de Jerusalén y el pathos de Tel Aviv.

Nunca sabremos con certeza la lectura que Hamás, Hezbolá e Irán hacían de esta sonora división israelí y las constantes manifestaciones en su contra. Pero lo que sí podemos decir es que sirvió para que la administración Biden jugara a la injerencia en la política doméstica israelí, financiando ONGs al servicio de la oposición, en su deseo de doblegar a Netanyahu y volverle más dócil y su sueño de acabar con su gobierno y forzar el reemplazo con alguien más centrista, tipo Lapid. No lo digo yo, lo cuenta el informe que el Comité Judicial de la Cámara de Representantes americanos hizo público el pasado mes de julio bajo el expresivo título de *The Biden-Harris Administration's Funding of Anti-Netanyahu Non-Governmental Organizations* en el que se tallan todas estas maniobras encubiertas.

El problema es que la guerra, lejos de amainar las protestas, ha agudizado el carácter destructivo de la oposición en Israel y ha jugado a romper cualquier posible consenso, incluso explotando el dolor de las familias de las víctimas a las que ha usado en su cruzada anti-Bibi.

Yo tengo amigos conservadores al igual que en la izquierda israelí. Muchos han desempeñado papeles relevantes en los aparatos de inteligencia y seguridad de Israel. Y les considero inteligentes y con visión. Pero algunos, llevados por su odio a Netanyahu y sus años en el poder, han dejado de ser sensatos por completo. Por poner dos ejemplos solamente, este verano me explicaba un especialista en antiterrorismo que a Netanyahu le tenían cogido por sus partes los Qataríes, porque, y lo decía absolutamente convencido, le habían sobornado. Y que por eso nunca podría ganar la guerra contra Hamás porque no se atrevería a decapitar a los líderes políticos exiliados en Doha, algo que él consideraba imprescindible. En pocas semanas, el primer ministro autorizaría un bombardeo contra la cúpula de Hamás en Qatar, pero eso no le ha hecho cambiar de opinión. También

he escuchado con estupor que los planes de Netanyahu eran declarar el estado de emergencia para así no tener que convocar elecciones y convertirse, de facto, en un dictador. Y también que Netanyahu tenía delirios de grandeza y que aspiraba a que su sucesor fuera su hijo Yair, instaurando una democracia hereditaria o algo así.

No hay que creer lo que dice el primer ministro, basta con conocer un poco la sociedad y el universo político israelí para entender que esas conjeturas sólo pueden ser el delirio de quien ve en Bibi un diablo envuelto en azufre ardiente.

Es más, todo me lleva a preguntarme qué hubiera sido de Israel si el 7 de octubre hubiera sido primer ministro cualquier otro que no fuera Netanyahu. ¿Habrían sido Lapid o Gantz capaces de resistir las presiones de Biden? ¿Habrían tenido la cintura y la fortaleza de no doblegarse ni rendirse hasta alcanzar los objetivos militares? ¿Se habrían contentado con castigar un poco a Hamás y «restaurar la disuasión» hasta un nuevo ataque? ¿Habrían cedido a las demandas de los terroristas con tal de recuperar a todos o a una mayoría de secuestrados? Son preguntas baladíes que se merecen una respuesta meditada y seria, no una sarta de descalificaciones sobre el actual primer ministro.

Sea como fuere, la caricatura que la izquierda -y la oposición en general- israelí ha hecho del primer ministro Netanyahu lo que sí ha conseguido es proyectarla en los medios internacionales que se han agarrado como a un clavo ardiendo para justificar su antiisraelismo, cuando no antisemitismo, escudados en que lo que en realidad rechazan es el gobierno de Netanyahu. Lo que nos cuarta, en ningún caso, pedir sanciones y boicots contra todo Israel o agitar flotillas supuestamente humanitarias, pero pagadas por Hamás. Si la izquierda israelí piensa que ese es el mejor método para volver al poder, en mi opinión se equivocan de cabo a rabo.

V. Percepciones y realidad: la guerra por el relato

Las guerras modernas son multidimensionales. El campo de batalla no sólo pasa a ser una esfera donde operar en 360°, sino que, además, es un campo de batalla expandido a otros dominios más allá de lo cinético. El ciberespacio es un claro ejemplo de operaciones estratégicas. Pero también el universo de las ideas, imágenes y percepciones.

Se ha dicho que Israel es muy bueno ganando batallas en el campo de batalla, pero muy pobre en el nivel de la guerra de la información, donde se mueve incómodo y casi siempre reactivo, a la defensiva. Es verdad que muchas veces la necesidad de proteger las fuentes de información imposibilita hacer públicos detalles que pudieran cambiar las percepciones sobre lo que Israel hace, pero es obligado aceptar que los procesos de decidir qué diseminar o publicar son, casi siempre exasperantes.

Y no responde únicamente a una cuestión de procedimientos internos. Durante años, Israel ha favorecido la llegada de visitantes para que vieran en primera persona la realidad del país, en la esperanza de que un contacto directo les abriera los ojos a la verdad, les sensibilizara sobre las amenazas que pesan sobre el país y les revelara el potencial y las promesas sobre la zona.

Sin restar importancia a estas actividades, es innegable que Israel ha ido muy por detrás en la guerra de la información frente a un sofisticado enemigo como Hamás. Hay múltiples razones que lo explican bien.

En primer lugar, hay un profundo desconocimiento en las sociedades occidentales sobre lo que es una guerra. Después de décadas de paz en Europa, por ejemplo, ninguno de los actuales dirigentes ha tenido experiencia alguna en los ejércitos y acostumbrados a ver la guerra desde lejos y a través de las pantallas, creen que es un fenómeno que se parece más a un juego de ordenador que la sangrienta y destructiva realidad que en verdad es. La férrea censura sobre las bajas y destrucción en la guerra de Ucrania llevada a cabo por ambos bandos no ha alterado en lo sustancial esta idea de que la guerra tiene que ser siempre algo limpio, quirúrgico, corto y sin bajas.

Pero la guerra, como bien dijo el general Sherman mientras prendía fuego a media Georgia, «es el infierno». Máxime cuando se desarrolla en un entorno urbano. Cualquiera que haya estudiado la batalla por Stalingrado o

la más reciente de Grozny en Chechenia, o Alepo en Siria y Mosul en Irak, debería saberlo.

Sabedor de la profunda aversión a las bajas del mundo occidental, Hamás siempre ha buscado que Israel se viera forzado a causar un nivel de destrucción que resultara intolerable para las mentes biempensantes de Europa y América. Y para ello nunca ha dudado en utilizar a sus propios civiles no como escudos humanos, sino como víctimas que explotar mediáticamente. No es baladí que el aparato de propaganda de Hamás contara con cerca de 2000 personas trabajando directamente en fabricar testimonios e imágenes del dolor y la tragedia de las acciones militares en Gaza.

A finales de agosto, una acción selectiva de la aviación israelí alcanzó al responsable del aparato de propaganda de Hamás, Hudahaifa Kahlout, más conocido por su nombre de guerra, Abu Obeida, y el artífice de toda la estrategia de comunicación del grupo terrorista. Para ponerlo blanco sobre negro: Abu Obeida no era un elemento de Hamás cualquiera, era, en realidad, su Goebbels, el cerebro y alma de todo un ejército de propaganda en el seno de Hamás.

Pero, desgraciadamente, para la prensa occidental Obeida era solo un portavoz de Hamás, el que les nutría de la información que sus redacciones necesitaban. Y no me creo que así le vieran por pura ignorancia, sinceramente.

La primera y gran victoria de Hamás sobre Israel fue lograr que toda la información sobre Gaza, muy especialmente en todo lo que tenía que ver con bajas y muertes de civiles, se basara en los datos que la organización daba. Los datos que recogían las cadenas y medios del mundo provenían de una fuente oficial de Hamás, el Ministerio de Salud -fuente que también inspiraba los datos de organizaciones como la ONU-. Pero, a diferencia de ocasiones anteriores, donde los periodistas siempre prevenían de las fuentes oficiales de información (¿quién no recuerda a Christiane Amanpour retransmitiendo para la CNN desde Bagdad en 1991, acompañada por un censor iraquí, al que siempre hacía referencia para dejar claro que su información estaba siendo monitorizada y censurada?), en el caso de Gaza, se ocultó deliberadamente durante meses que las cifras que se aireaban tenían como origen a la organización terrorista, con la evidente manipulación que eso suponía. Incluso hoy no siempre se dice.

Como complemento al hecho de recurrir exclusivamente a los datos proporcionados directamente por Hamás, la información ofrecida por el

Ejército israelí era automáticamente rechazada o puesta en entredicho por, supuestamente, partidista e interesada, obviando que la de Hamás sí que lo era. El caso más flagrante fue el del hospital al-Ahli en Gaza, que sufrió un impacto de un misil la noche del 17 de octubre de 2023, causando numerosas bajas y daños materiales. No sólo Hamás infló la cifra de muertos y heridos, sino que rápidamente culpó a Israel del supuesto ataque, causando innumerables críticas y manifestaciones contra la «crueldad» israelí. Como pudimos saber algo después, la verdad es que no se trató de ningún ataque de Israel sino de un cohete lanzado desde la propia franja de Gaza que, por algún fallo mecánico de sus motores, impactó en el aparcamiento del hospital. Pero el daño político a Israel ya estaba hecho. Y es que si hay una regla clara en la guerra moderna sobre la información es que quien lleva la iniciativa, siempre gana. Aunque sea con la mentira más burda.

Como corolario de lo anterior, la segunda gran victoria mediática de Hamás fue presentar las acciones militares de Israel como desproporcionadas e indiscriminadas, dando un número alarmante de bajas civiles que era insostenible, en realidad, de aplicarse el más mínimo escrutinio metodológico. Cero rigor analítico por parte de los medios y, por ende, de su audiencia, quien era inducida a creer que Israel asesinaba a decenas de miles de civiles inocentes de los cuales la mayoría eran mujeres y niños. Hasta el paroxismo que algún cargo de la ONU llegó a afirmar que habían muerto muchos más niños en Gaza de los que nunca había tenido la Franja.

No bastaba con saber que las cifras eran las de Hamás, que no se distinguía a propósito entre civiles y combatientes, que no ofrecía rangos de edad, sólo mujeres, niños y varones, que no se mencionaban muertes naturales y que no se discriminaba entre bajas por fuego israelí de las muertes causadas por los cohetes fallidos de Hamás (en torno al 20% de los lanzamientos caían dentro de Gaza), también se ignoraba cualquier comparación con campañas anteriores en Gaza o con otros conflictos, algo que dejaba entrever el cocinado de las cifras por la dirección propagandista de Hamás. Hamás quería que el mundo se tragase la falsedad de que sólo el 20% de los muertos eran varones y que el resto, la gran mayoría, eran mujeres y niños.

Cualquiera con un mínimo de conocimiento de historia militar habría llegado rápidamente a la conclusión de que los datos ofrecidos por Hamás y que condenaban a Israel por genocidio eran infundados. No sólo sería la primera guerra cuyas bajas aumentan linealmente o que contradecían operaciones anteriores, sino que entraban directamente en conflicto con

otras contabilidades sobre el terreno, como las que mantenía UNRWA, que apuntaban a una tasa de varones muertos mucho más alta (hasta el 62%) y, por ende, muchas menos mujeres y niños fallecidos.

El hecho de que tanto Hamás como Naciones Unidas se vieran obligados a rectificar y recortar casi en la mitad la cifra de fallecidos que habían estado ofreciendo, apenas fue tomado en cuenta públicamente. Nadie quería admitir que la mayoría de los «civiles» muertos eran en realidad combatientes activos. De hecho, la ratio de bajas combatientes/civiles en Gaza es la más baja de todas las guerras de las que tenemos datos fiables. Desgraciadamente, la guerra, esta y todas, conlleva destrucción y muerte.

Al igual que con la caracterización de la estrategia de Israel como un genocidio contra el pueblo palestino, acusación que se ha aceptado globalmente, pero que no responde a la realidad. Se podría llevar al ridículo, recordando que en Israel viven casi dos millones de árabes, o palestinos si se prefiere, contentos de vivir en su suelo y que mayoritariamente prefieren seguir viviendo bajo soberanía israelí, como ciudadanos, que en los mal llamados «territorios ocupados». O que este genocidio palestino es el primero en el que el pueblo a exterminar crece en población... pero, siendo serios, no sólo no hay intención de eliminar a todo un pueblo, sino que las acciones ofensivas israelíes se conducen bajo estrictas normas a fin de limitar el daño causado. Tras una misión de estudio del Grupo Militar de Alto Nivel en julio de 2024, donde pudimos entrevistar desde responsables políticos y militares a soldados en el campo de batalla y acompañar a unidades militares dentro de Gaza, pude enviar a la ICC un análisis en el que se detallaban todas las medidas que las IDF aplicaban para intentar minimizar las bajas civiles que yo había visto en persona. Y la conclusión era que las leyes de la guerra se estaban cumpliendo a rajatabla. Ni que decir tiene que el ICC eligió el mythos sobre el logós.

Cuando la polémica sobre las bajas decaía por sus flagrantes manipulaciones, Hamás recurrió a otra falsedad para acusar a Israel y constreñirle diplomáticamente: la hambruna en Gaza. Por mucho que Israel intentase demostrar que la ayuda humanitaria fluía cuando menos en la misma cantidad que antes del inicio de la guerra y que el problema era la distribución y el negocio que hacía con ella Hamás, la idea de que la hambruna era inminente en Gaza no ha dejado de repetirse durante meses, sin que se llegase nunca a producir. Hasta el ridículo punto de que la flotilla con ayuda humanitaria de Greta Thunberg no llevaba nada de comida y medicinas para los gazatíes a bordo de sus barcos.

Los datos son tozudos, pero no siempre se aceptan si rompen el discurso imperante. Por ejemplo, se ha dicho que Israel limitaba la entrada de camiones con ayuda humanitaria para castigar así a la población. Y se empleaba una cifra: antes de octubre de 2023 entraban en Gaza unos 500 camiones al día. Lo que no se añadía era que de esos camiones sólo alrededor de 70 llevaban ayuda humanitaria y que el resto eran materiales de construcción varios, gasolina y otros pertrechos. Naciones Unidas confundía aún más sus datos mezclando la media de camiones por día laborable y por día natural, en un intento de justificar sus escenarios apocalípticos que nunca han llegado a materializarse.

Se callaba interesadamente que el problema no era la cantidad de ayuda que entraba en Gaza, sino su distribución y la incautación permanente a manos de los terroristas de Hamás de la misma, en gran parte para aprovisionar a sus combatientes y el resto para explotarla en el mercado negro. Tampoco se quería hablar del número de calorías por persona que entraba en la Franja, porque eso destrozaría la propaganda de la hambruna.

Todo cuanto ofrecía el Cogat, el organismo israelí encargado de la ayuda a Gaza a la que, dicho sea de paso, nunca se dejó sin suministro de agua o electricidad, a pesar del convencimiento de que con eso se ayudaba a Hamás a sobrevivir, era desdeñado por los medios y algunos gobiernos que preferían rendirse no a la evidencia, sino al juego manipulador y propagandístico de Hamás. La verdad es que, por muy horribles que sean las condiciones de vida causadas por la guerra, la hambruna nunca se ha desatado en Gaza.

Es más, la propaganda de Hamás ocultaba que lo que se le exigía a Israel nunca antes se le había pedido a ningún otro ejército, que alimentase a sus enemigos. Otro caso más de la doble vara de medir que se aplica a todo cuanto dice y hace Israel.

Habrà que esperar a ver qué dicen ahora cuando se llegue a un alto el fuego si de verdad Hamás libera a los secuestrados, algo que podía haber hecho desde el primer día de la guerra pero que no quiso hacer porque su objetivo no era ganar, sino hacer que Israel perdiera, no construir un Estado palestino que, de hecho, ya tenía en Gaza, sino alcanzar la destrucción del Estado de Israel, su ambición última.

El problema estratégico de la máquina de propaganda de Hamás ha sido la extensión con la que ha contaminado todo el mundo occidental. La famosa «calle árabe» se trasladó a las universidades americanas y europeas y las

importantes minorías islamistas en países como el Reino Unido y Francia, pero también en ciudades como Nueva York y Berlín impulsaron su odio no sólo contra Israel sino contra todos los judíos a quienes prometían su exterminio.

Cómo el islamismo radical se ha hecho con la población musulmana, cómo la nueva ultraizquierda se ha aliado con el islamismo y cómo los gobiernos se han convertido en instituciones pusilánimes y temerosas, haciendo la vista gorda ante la incitación al odio y el ensalzamiento del terrorismo, es una cuestión que Israel deberá estudiar en profundidad porque lo que se ha puesto en juego no es ya la deslegitimación y el derecho a la existencia de Israel, sino la seguridad de las comunidades judías fuera de Israel.

El alto el fuego debería servir para exponer todas las mentiras que se han vertido contra Israel por los propagandistas de Hamás en y fuera de Gaza, pero, mucho me temo, que no se va a hacer porque los occidentales elegirán pasar página sin reconocer sus errores. Al contrario, ahora será el momento, dirán, de vigilar a Israel y hacer valer los términos del acuerdo y la reconstrucción de Gaza. Afortunadamente, ha sido Trump y no Von der Leyen quien ha llevado a que Hamás se rinda, libere a los rehenes y prometa dejar el poder en Gaza.

Si Hamás es una idea, más allá de la organización, Israel no se puede permitir el lujo de que los terroristas se presenten como los vencedores y hablen como si lo fueran. No lo han sido y no podrán serlo en mucho tiempo, pero si se les regala ese relato, volverán a ser una amenaza en el futuro.



Miembros de las Brigadas Izz al-Din al-Qassam, el brazo armado del grupo terrorista Hamás, desfilan en la ciudad de Gaza. Crédito: Sipa US / Alamy Stock Photo

Conclusión

Hemos visto las cinco guerras que Israel ha estado librando simultáneamente en estos dos últimos años. Estas guerras podrían resumirse, siguiendo el ejemplo de los principios bíblicos de los 10 mandamientos, en tres: la guerra contra sus enemigos militares; la guerra diplomática con sus supuestos aliados; y la doméstica entre oposición y gobierno.

Si el acuerdo de paz sobre Gaza llega a buen puerto, Israel habrá salido claramente vencedor sobre todos y cada uno de sus enemigos de la región, cambiando el mapa estratégico de todo el Oriente Medio para mejor. Me atrevería a afirmar que Israel no sólo ha acabado con la amenaza existencial que empezaba a atenazarlo, sino que ha eliminado una amenaza para todo el mundo, de la yihad a un Irán nuclear. El único líder con la valentía de reconocerlo ha sido el canciller alemán Friedrich Mertz quien tras el bombardeo israelí contra las instalaciones nucleares en Irán afirmó rotundamente que «Israel estaba haciendo el trabajo sucio para Occidente».

Es de esperar que la paz y una mejora de las condiciones de los gazatíes, libres de Hamás, rebaje el tono crítico de socios y aliados de Israel y las aguas vuelvan al cauce. Aunque Israel haría mal en olvidar quién dijo o hizo qué en estos momentos tan graves para el país y el pueblo judío. Declaraciones y acciones como las adoptadas por el gobierno social-comunista de España no pueden quedar sin respuesta. No es una cuestión de venganza, es construir un orden que impida esos comportamientos abiertamente antisemitas en el futuro.

La guerra de la información ha convertido los valores en mercancía. Cada tragedia se mide por su potencial mediático; cada víctima, por su utilidad política. En ese contexto, la defensa de Israel se convierte también en la defensa de un principio: la posibilidad misma de la verdad.

No hay guerra sin errores, ni ejército sin fallos, ni democracia sin contradicciones. Pero reducir la historia de Israel a una sucesión de culpabilidades prefabricadas equivale a negar su derecho a existir. Y eso, más que una manipulación informativa, es una agresión moral que se tiene que combatir.

Pero a Israel todavía le queda otra enorme tarea: restañar las heridas internas. Está claro que el nivel de enfrentamiento guerra civilista promovido por la izquierda sólo creó debilidad internacional y estratégica para el conjunto de Israel y no para el gobierno. Sería deseable que, tras la

liberación de los rehenes de Hamás, se intentara rebajar el tono, pero como el doloroso tema de los secuestrados sólo era una pieza más de la estrategia anti-Bibi, sólo puedo ser escéptico e imagino que, tras alcanzado el acuerdo en Gaza, los llamamientos a cambiar el gobierno se redoblarán. Afortunadamente, Israel es una democracia viva y vibrante y sólo las urnas podrán aclarar el apoyo que unos y otros reciben, el mandato del pueblo sobre sus gobernantes y sentar el rumbo de Israel para los próximos años.

Israel tiene una agenda interna, regional y global que requiere mucho esfuerzo y dedicación. Y líderes sosegados y con visión para llevar de nuevo al país a los niveles de libertad, prosperidad y seguridad que se merece. Sólo me cabe desearle que lo consiga, en paz consigo mismo y con sus vecinos.

